

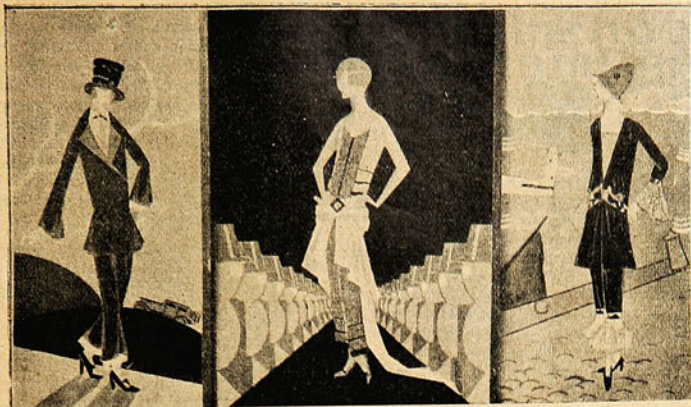


JULIO /
AREVALO

2
Para
Todos

M. R.

-92-



Las tres damas que acabamos de ver...

UNA REVOLUCION EN LA MODA FEMENINA

Por E. GOMEZ CARRILLO

MIENTRAS los hombres discuten teóricamente el problema del calzón corto, la mujer, sin decir una palabra, lo resuelve en la práctica. Porque sólo los que tienen ojos y no ven, son capaces de penetrar en el universo femenino de nuestros días, sin darse cuenta de que nos hallamos en vísperas de asistir al triunfo de una revolución, que a todos los tradicionalistas les parecerá absurda, loca, casi criminal, y que, sin embargo, no es más que la consecuencia lógica de la moda de los cabellos cortos y de las faldas no menos cortas. ¿Qué era, en efecto, lo que en otras épocas hacía imposible que las partidarias de la culotte lograsen imponer sus ideas aún a los espíritus más libres? Pues, en primer lugar, el prejuicio de que, al enseñar las puntorillas una mujer, cometía un pecado contra el recato. Luego, la falta de armonía que los artistas notaban entre una cabeza con su moño abundante y un atavío de paicillo de opereta. Hoy, por breves que sean los pantalones que se adopten en definitiva, nada nuevo



O bien una gran dama, o bien una muchacha...



Ved a Sacha con su boina...

nos harán admirar. Y en cuanto a la silueta, difícil será hallarla más **garçonnière** que la de la mujer que se peina, según el figurín del día, con la nuca afeitada y las orejas libres de todo pelo.

Ya sé que, al oír esta noticia, muchos de mis lectores sentirán deseos de sonreír con dulce escepticismo. "¿La mujer con calzón corto? — exclamarán.—No, no es eso posible fuera del music-hall y del circo. El buen gusto bastará para hacérselo comprender. Y si eso no bastara, la gente de la calle se encargaría de obligarlas a renunciar a sus fantasías, aplicándoles el correctivo de burlas que las locas desatadas merecen. Dejad, pues, que salgan las primeras, si se atreven. Después no habrá ninguna que quiera exponerse a correr los mismos "peligros". Pero estas palabras, que me figuro oír en muchos labios, lo único que demuestran es que el hombre no conoce nunca a la mujer. Exponerse a las burlas? A mucho más se han expuesto las elegantes de Constantinopla para tener derecho a

TROUSSEAUX MODERNOS

La línea recta de la silueta moderna exige que la ropa interior tenga una perfección de corte tan definitiva como puede tenerla el propio vestido. Una arruga en la camisa, unos calzones mal armados a la cintura, una combinación hecha de cualquiera laya, pueden ser los causantes de que una figura femenina pierda su bella armonía.

Fuera del corte hay la elección de los materiales que cada vez se refina más, y así vemos ropa interior de linón de hilo, de espumilla de seda, de opal mercerizado y de opal de seda, de jersey de todas calidades y como adornos se ponen en primer lugar los sesgos de colores opuestos, unidos proflijamente por puntos al aire hechos a mano, luego están las aplicaciones de encajes entre los cuales se usa de preferencia el de Venecia y el de Bruselas, después vienen los sesgos de tul sobre bordados y por último las cintas con las cuales se confeccionan adornos muy caprichosos.

No sólo en la ropa personal se nota este refinamiento: la ropa destinada a la casa sufre la influencia de las modas, y así vemos las mantelerías en linón de color con aplicaciones de tonos diferentes. Para el lunch y el té son inapreciables y de una elegancia refinada, siempre que sus colores se combinen con el de las porcelanas que decoran la mesa y con las flores.

Para las comidas de mayor etiqueta, y aún para las comidas en general, el mantel de color blanco en tela de hilo lisa o en granito, es siempre el predilecto. Las aplicaciones de filete, los cuadros bordados al realce o en bordado inglés, hacen de estas piezas verdaderas obras artísticas.

Todos estos componentes del trousseau moderno se encuentran en la Casa

El Rimassay y Cia
ANTIAGO

CLARAS, 270.
(esquina Huérfanos).

Casilla 2696.
Teléfono 4017.

que siempre se ha distinguido por la fina ejecución, la originalidad de sus modelos y la óptima calidad de sus materiales.

consultorio sentimental

P.—Soy viuda y entre los escasos amigos que llegan a mi casa, hay un señor que me demuestra desde hace varios años, un amor abnegadísimo. Yo sólo siento por él amistad y agradecimiento. Además, estoy enamorada de un hombre joven que tal vez me quiere menos y a quien yo amo con pasión. A sabiendas de que yo jamás podré corresponder al amor del hombre maduro, nunca me he resuelto tampoco a prescindir de su amistad. ¿Hago mal en ello? ¿Se trataría en mi de una coquetería reprochable? Yo creo que no y que es el temor a hacerlo padecer, lo que me impide a despedirlo. ¿Qué le parece a usted?—ELISA.

R.—Depende, depende. Si usted supone que alejando de usted a ese caballero él la olvidaría, constituye de su parte un egoísmo retenerlo, si no se encuentra capaz de navegar en la misma moneda de amor. Si la vida privada de ese señor es triste, y él está contento con lo poco que obtiene de usted, aun que esté seguro de no avanzar nunca en su cariño, es de su parte consideración piadosa el continuar favoreciéndolo con su amistad. Estúdiese a sí misma y asegúrese usted de que no se deja llevar por un egoísmo reprochable y de una coquetería más reprochable aún, para retener una voluntad que siempre resulta preciosa por los beneficios (morales) que puede reportar en cada momento.

P.—Estoy de novia, además estoy segura de que mi novio me adora. Estamos para casarnos en poco tiempo más, y he venido a saber ahora último que mi novio tiene una

querida con la cual vive hace ocho años. No tiene hijos de esta mujer y sólo lo largo de sus relaciones y el ningún interés que la mujer tiene, es de imponer que está cansado con ella. Lógicamente no puede inspirarme el caso celos de amor. Hay, sin embargo, quien me asegura que debo alejar a mi novio, romper con él, en consideración a esta desgraciada. Yo dudo que sea tal mi obligación, porque considero que para evitar el sufrimiento de una sola persona (la querida) acarrearía el sufrimiento de dos: (mi novio y yo).—PAQUITA.

R.—También tiene el caso su otro y su contra, señorita. Evidentemente, sería mucho pedir a usted que se sacrificara hasta ese extremo y que hasta ese extremo también sacrificara la felicidad de su novio. El problema más que para usted, es para su novio que no dejará de ver en estos momentos, el gran trastorno que ocasiona a los jóvenes el atarse con lazos de esa especie fuera del matrimonio. El es el que tendrá que resolver algo para indemnizar a la compañera de tantos años. De todos modos felicitamos a usted por su criterio seguro, y por su carencia de celos revolucionarios.

P.—Me pretende un joven, señor. A mí me gusta mucho, y mi mamá se opone a mi matrimonio sin otra razón que la de que mi novio es muy celoso. Dice que ella fué martir de mi padre por esta razón, y que los celos, cuando lo son, proceden por temperamento, aunque la mujer no les dé el menor motivo de celos. ¿Tiene razón mi madre? ¿Pueden hacerme los celos desgraciada, aunque el novio tenga otras cualidades buenas? Yo he oído decir que, por el contrario, los celos son un homenaje.—MARIA.

R.—Su madre tiene razón, señorita, y uno de los más graves defectos que puede tener un marido, son los celos. Los celos implican desde luego, gravísimas fallas morales, desde luego, egoísmo y falta de delicadeza. Los celos son un homenaje sólo cuando son simulados o implican una galantería, nunca cuando son sinceros y sin causa. Los hombres celosos son, como dice su madre, en todo momento y lugar, con causa y sin ella. Jamás se corrigen de su defecto, que no es otra cosa que un sentido insolente de propiedad. Si no lo ama mucho, señorita, renuncie al novio celoso, y decimos si no lo ama mucho, porque en caso contrario, no atenderá usted nuestro consejo...

Toda correspondencia debe dirigirse en la siguiente forma: Dirección de "Para Todos". (Sección Consultorio Sentimental). Casilla 3518. SANTIAGO.

UNA REVOLUCION EN LA MODA FEMENINA

suprimir la tiranía del charchaf. Se han expuesto a ser maltratadas, a ser lapidadas, a ser asesinadas. Sin embargo, ni un momento han dejado de seguir adelante, llenas de entusiasmo. Y es que nuestras hermanas son menos tímidas que nosotros y no tienen miedo ni de la muerte ni del ridículo, que son los dos grandes espantajos de los que creen encarnar el sexo fuerte. Recordad lo que pasó en tiempo del Directorio, cuando los médicos de París hicieron publicar por todas partes que la moda de los trajes transparentes causaba hecatombes durante el invierno. Ni una sola maravillosa dejó de salir vestida de nubes de casa, a pesar de las lágrimas que las damas serias o de los consejos de los caballeros sensatos. Y ahora saber hasta dónde llega el desdén del ridículo en la mujer, la historia de la crinolina basta.

Además, ¿a qué discutir lo indiscutible? Los que dicen que las mujeres no se atreverán, no saben lo que pasa en el mundo de las elegancias. Ya se han atrevido. Ya la damisela con calzón corto no es un paje, de revista, ni una amazona de alta escuela, sino una dama, como muchas otras, en los salones, en los paseos, en los **dancing**, en los té, en los teatros, en la calle misma. Sí, señores: en la calle. Y si no la habéis visto, es porque todavía no ha llegado el momento en que el hada de las transfiguraciones quiere que el rey Sharriv, que duerme en todos los cerebros masculinos, abra los ojos ante la evidencia. ¡Crecéis, creéis, que visteis a las que se cortaron el pelo en los primeros tiempos del gran holocausto? No. Antes de adoptar el tocado a la **garçonne**, que hasta los ciegos descubren, hubo mil matices de ensayo, de aclimatación, mejor dicho, que ni siquiera fueron descubiertos por los novios, que son, sin embargo, los que mejor observan a las bellas. El sombrero era el cómplice de las conspiradoras. Y, poco a poco, los lindos bucles iban cayendo, a medida que los hombres se iban acostumbrando a resignarse. Con los calzones cortos pasa lo mismo ahora. Las falda-llas de **sports**, de viaje y de auto, comenzaron hace tiempo a acostumbrarnos a la nue-

va silueta. Ved a Sacha con su boina estilizada y a Zaliok con su bastón. Luego, ya más radical, aunque no menos desca- arreció la excursionista. Al aparecer de su coche, sólo se veía su cabeza de muchacho, su pechera blanca y su corbata algo bohemía. Lo demás lo ocultaba un abrigo de pieles. Pero en cuanto era preciso desabrochar el abrigo, veíanse los calzones bajo una especie de faldón, que el menor soplo de aire movía. Lo más difícil era hacer pasar de esos atavíos campestres a la **toilette de ville** la prenda revolucionaria. ¿Cómo llevar un pantaloncillo de lo que puede llamarse la época de transición, sin incurrir en las amargas quejas del esposo tímido o de la madre austera? Una **sofista** parisienne de las que se basan en el **Belle de Roule** como si estuvieran en una palaciega galería, dijo a su modista:

—Yo atravesaré los Campos. Elíseos con ese terciopelo tan mono que tiene calzones bombachos atados por cintas de oro...

—¿Usted sola?

—Con mi perro.

Y desde entonces, ya no es una. Son muchas las que, sin que a los distraídos transeúntes les choque, van por entre los jardines de la gran ciudad vestidas de muchachos. De allí a lo que se llama el traje **habillé**, no había más que un paso fácil de franquear. En los salones, en efecto, todo lo nuevo, por nuevo que sea, gusta. ¿Que algunas damas del siglo XIX murmuran? Poco importa. Otras, en cambio, envidian. Y otras admiran. Así, vemos a menudo figurines en los que, o bien se nos presenta una muchacha con una túnica de fino paño y falda/lin que de-ia ver su pantaloncillo en las tertulias de tarde, o bien una gran dama que, entre los volantes algo cubistas de su **toilette de soirée**, esconde mal un pantaloncillo de terciopelo negro, de corte ancho y flotante, cual una falda cortada por medio... ¿Os escandaliza todo esto? ¡Decís que la mujer va perdiendo poco a poco, por culpa de estas novedades diabólicas, lo que constituía su verdadero encanto?... Permittedme que, aún a

riesgo de hacerme pasar por inmoralista, os asegure que os equivocáis, y que ni los cabellos cortos, ni las pantorrillas al aire, ni los calzones de paje, cambian para nada lo que es la divina esencia de la feminidad. Vestid-la como queráis, ¡oh! modistos todopoderosos, y siempre, en el fondo, la mujer será la mujer, con su sensibilidad, con su sutileza, con su ternura, con su fervor, con su coquetería, con su gracia, con su misterio... ¡Ah!, y también con su pudor. Es absurdo, en efecto, creer que, porque las pragmáticas de la moda ordenan que se enseñen las rodillas y las pantorrillas, nuestras contemporáneas sean menos recatadas que sus abuelas. Esas abuelas, precisamente, nos han dejado imágenes en las que el escote no tiene nada que envidiar al de las damas de los teatros de variedades. Y las abuelas de esas abuelas eran las que, en tiempo de Barrás, llevaban las faldas abiertas hasta la cadera, cuando iban a los bailes del Directorio. Lo importante para que la feminidad no pelicite, no es el traje, sino las ideas de igualdad de los sexos y de trabajo hombruno. Tal vez vais a creer que os digo una herejía, pero estoy convencido de que para el porvenir del alma de nuestras hermanas, más peligroso es el ejemplo de una madame Curie, que el de mil bellas Oterros o mil Lianas de Pougy. Vestidita con una blusa de estudiante y con un pantaloncillo de terciopelo blanco, que se ve a cada paso que da entre los faldones de su **jupon** de lantal, la muchacha que lee a Verlaine es más mujer que la niña que se traía como su señora mamá y que lee libros de medicina experimental, u otros tratados de los que hasta ahora le estuvieron vedados.

Y después de todo, como dice madame De-lamé Mardrus, il n'y a rien a faire contre les grands rythmes qui nous menent maltré nous. Nada, nada... Tan nada, que si mañana las bellas quieren ataviarse como las tres dumas que acabamos de ver en un figurín de Manuel, todos acabaremos por encontrar que así están deliciosas.